

**CRISIS EN LA UE LA FIRMA DE
TRATADOS INTERNACIONALES
DESCARRILA EN LAS REGIONES P.8**



Un grupo de manifestantes protesta ante el Parlamento de Valonia durante la reunión para la firma del Tratado de Libre Comercio de la Unión Europea con Canadá (CETA). N. LAMBERT / AFP

TRATADOS INTERNACIONALES

LOS ENEMIGOS DEL COMERCIO, LA NUEVA CRISIS DE LA UE

El posible descarrilamiento del acuerdo de libre comercio con Canadá por la oposición de la región belga de Valonia añade más incertidumbre al futuro de la UE, muy dañada ya por el 'Brexit' y al auge de populismos y nacionalismos en los Estados miembros

PABLO R. SUANZES BRUSELAS
CORRESPONSAL

La Unión Europea está llena de contradicciones y de frágiles equilibrios. Es así y es complicado imaginarla de otra manera. El funcionamiento de las instituciones, la lentitud en la toma de decisiones y su gigantesco y a veces atrofiado aparato burocrático conforman el peor de los modelos posibles. Si organizar una cena para 28 personas es una tarea logística casi imposible, tratar de que 28 estados miembros, con 28 posiciones políticas, intereses nacionales muchas veces incompatibles y rencores históricos todavía arraigados se pongan de acuer-

do para ceder su soberanía, parece un milagro.

Es milagro, sin embargo, se tambalea estos meses. Por la crisis de refugiados, por el temido e imprevisible Brexit y sus efectos y, desde esta semana, por otro desafío no esperado y que ataca a dos de los puntos más débiles y a una de las contradicciones más formidables de la actualidad: los tratados comerciales.

Hace unos días, el Parlamento de Valonia, una de las regiones belgas, anunció que tras pensarlo y debatirlo mucho no daría al Gobierno Federal que preside Charles Michel los plenos poderes necesarios para que Bélgica

firmé el CETA, el tratado de libre comercio de la Unión Europea con Canadá. Muchos pensaron que sería una *boutade*, una forma de llamar la atención o de presionar a un debilitado Michel, acuciado por las negociaciones para el Presupuesto de 2017. Pero los diputados valones han cerrado filas y se niegan a firmar por tener serias dudas sobre el CETA y sus efectos sobre el empleo, las garantías asociadas a la salida, el medio ambiente y la situación de los agricultores.

Si Valonia no firma, Bélgica no puede firmar. Y sin Bélgica no hay CETA, no hay acuerdo. El Gobierno canadiense está furioso y el primer ministro Justin Trudeau está a punto de cancelar su viaje a Bruselas para la ratificación. Los ministros de Comercio de la UE tenían que haber cerrado el documento el pasado miércoles o en Luxemburgo, pero ante la negativa valona han dado un margen (o un ultimátum, según se vea) e intentarán que sean los jefes de Estado y de Gobierno los que encuentren una salida.

El posible descarrilamiento del CETA ha puesto de manifiesto un gran agujero: la posibilidad de que una región, de las cientos que hay en Europa, se cargue un acuerdo internacional. «¿Qué clase de Europa tenemos si en 2016 puede pasar esto?», se preguntaba muy irritada una alta fuente comunitaria esta semana. Dentro del Gobierno belga las críticas han sido durísimas, y desde fuera del continente aún más. Una UE que no logra mantener a sus miembros dentro y que es incapaz de avanzar por cuestiones internas muestra una debilidad muy hiriente.

Pero hay otro problema de igual calado. Ahora mismo el proyecto europeo está muy cuestionado. Tras el referéndum británico los países se han dado un respiro para pensar qué hacer ahora. Para muchos, está claro que no es el momento de más integra-

UN 'TODO O NADA' PARA LA UNIÓN EUROPEA

El comercio ha sido la pieza clave en el complejo engranaje de la Unión Europea, su leitmotiv y además la excusa histórica para los más escépticos con el organismo. Pero parafraseando a Antonio Escohotado, el comercio, como la UE, tiene muchos enemigos. Y ahora son todavía más fuertes y tienen muy claro por dónde atacar para conseguir hacer daño. «Es un todo o nada para la UE. Si no hay una solución será el punto y final para una de las competencias clave de la Unión y un mazazo para su credibilidad internacional», explica John Clancy, consejero de FTI Consulting Senior Advisor y ex portavoz de Comercio de la UE.

ción, sino de pausar. De no forzar la máquina en cuestiones como refugiados, fronteras o soberanía política porque los movimientos populistas están sacando mucho partido con las retóricas nacionalistas.

Hasta ahora, la economía, el libre mercado y el comercio se habían librado. Ya fuera Londres, Varsovia o Bratislava, los mensajes que arremetían contra Bruselas por su intrusismo dejaban al margen el intercambio. Los halcones están incómodos con la libre circulación de personas, pero no de bienes. Y pese a ello, pese a que el pilar básico de la integración es lograr consenso, la ciudadanía está muy polarizada en contra de los tratados de libre comercio. Contra el CETA, especialmente en países como Bélgica, Alemania y Austria. Y sobre todo contra el denostado TTIP, su hermano mayor con Estados Unidos.

El TTIP es seguramente el tratado comercial más transparente de la historia. Tiene tantísimos detractores entre los grupos políticos de izquierda, los sindicatos, los movimientos antiglobalización, muchas asociaciones de consumidores y todo tipo de ONG's que ha logrado mucha más luz y taquígrafos que cualquiera de sus predecesores. Pero que en términos relativos esté bien posicionado no quiere decir que lo esté en absolutos.

Los tratados comerciales son poco transparentes *per se* porque nadie quiere desvelar todas sus cartas cuando negocia con un socio, pero que en el fondo es un rival. Y la Comisión Europea y los negociadores han fracasado a la hora de explicar y convencer, han perdido claramente la batalla del mensaje y millones de personas de toda Europa creen que estamos ante un documento opaco, discutido en secreto por unas élites y que beneficiará a las multinacionales, castigando al consumidor y permitiendo que oscuros tribunales de arbitraje quiten a los estados-nación, a los gobiernos y a los tribunales habituales la última palabra en las disputas. Por no hablar de la presunta caída de los estándares de seguridad y calidad que vaticinan.

El TTIP está moribundo. Tenía que firmarse antes de 2017 y no va a pasar. Países como Francia quieren enterrarlo por la falta de entendimiento con EEUU y los escenarios a corto plazo son muy negativos. Si gana Trump, casi por descontado. Pero además el año que viene hay elecciones en Francia y Alemania, y no hay ningún apetito por profundizar en ese jardín. El CETA seguramente encuentre una vía, pero dejando una herida en la imagen del continente.

El problema grave lo tienen los que vengan detrás. El de Japón y, sobre todo, el hipotético acuerdo de libre comercio con Reino Unido si se consuma el Brexit. El ejemplo de Valonia no es simbólico. Muchos tienen ganas en Europa a Londres y las negociaciones de un texto con la herida de la salida todavía supurando no sólo llevarían años, sino que tendrían que lograr una unanimidad entre los 28 y a saber entre cuantos parlamentos regionales que puede ser fatal. Lo avisó el jueves el persistente del Consejo, Donald Tusk «Si no convencemos a los europeos de que el libre comercio les favorece. El CETA será nuestro último acuerdo comercial».